

El Hijo de El Ahuizote

MÉXICO PARA LOS MEXICANOS.

Semanario de oposición feroz é intransigente con todo lo malo.
Fundador, Director y Propietario DANIEL CABRERA
DIRECCIÓN: Calle de Cocheras núm. 15.—Apartado 421.

Onomasticidad en puerta.



PRELUDIOS PARA LAS PRÓXIMAS FIESTAS DE ANZURES
TRASFERIDAS CON MOTIVO DEL DUELO POR ÁRNULFO ARROYO.

Las Leyes de Reforma y sus violaciones.

CORRESPONDENCIA TRAJINA.

México, Diciembre 2 de 1897.—
Sr. Gral. Manuel González Cosío.—
Presente.

Mi general:

Ahora resulta que se van á poner en práctica las Leyes de Reforma ¿no es esto mi general? y que se va á castigar al majadero que las vea de poco más ó menos.

Lo celebro, y después de celebrarlo me acuerdo de aquello de

Dirán que la suerte es ciega
y que no anda para atrás;
no es tarde el bien cuando llega,
y nos cae sin más ni más.

Porque *El Mundo* que tiene sus dades y tomases con la Tesorería y con los ministerios, declaró ya, y los papeles hablan, que se ha de llevar á debido efecto eso de que los curas no abusen.

Dirá vd. mi General que no carece de gracia el que un periódico gobiernista le llame á vd. la atención para que cumpla con su deber; y dirá mal, porque se le olvida que

Viene un día y otro malo,
y no hay nadie que sujete:
la cuña para que apriete
ha de ser del mismo palo.

Pero entremos de lleno al asunto ¿no le parece mi jefecito?

Y darle que vienen dando
y repetir sin cesar:
hora es hora de cantar
¿cuando llegará ese cuando?

Pues si se quiere que la energía comience vamos comenzando.

En primer lugar conste que en Michoacán echaron el moco en el atole.

¿Está vd. enterado de á como corrió el maíz?
¿Nó?

Pues mire vd. el fraile Arciga que nos ha resultado tanteador de la ley se metió los ornamentos en un lugar público, así consta en letras de molde y nada menos que en *El Tiempo*, y luego se puso á echar bendiciones que aviseme si estábamos en San Antonio Abad.

Tal no se puede sufrir
ni yo lo quiero creer:
hay que pegarle á morir
y no se puede ceder.

Ese versito dió muchas vueltas en su oportunidad.

¿A qué fué el fraile Arciga?

¿Quién lo llamó?

Eso de andar de Juan Coladilla tiene sus inconvenientes; y aho a los estamos palpando.

Cuentas claras hacen buenos amigos. Ese padre que la echa de arzobispo metió la pata y comprometió á todo el Ejecutivo. Pues que todo el Ejecutivo no se deje. Ya sabe vd. que no van mucho los de alante si los de atrás corren bien.

Pero ahora se trata de probar que se es liberal y levantando una pared se conoce al albañil. De lo contrario, es decir si vd. permite que lo bocabajen los valedores del clero, entonces dará vd. pié para que le canten

Cupido mató un alférez
que tráibase un dios en andas;
yo ya sé tus procederes:
tu me dirás con quien andas
y yo te diré quien eres.

TAMBORAZO SEMANARIO.

Donde se trata de un Gobernador que llega, pero que no volverá su insula.

Uno más ya tenemos con noso—
uno más, gobernante, mejor di—
que viene en buscas, ¡ay! de felici—
aplicando para ello su buen mo—
Se asegura que no es cualquiera zo—
y se añade también que es muy ami—
de los Ministros y de don Porfi—
como todos lo saben y es noto—
Y yo digo que eso ya no tie—
remedio, y que la cosa está muy gra—
cual sin esfuerzos pensarse pudie—
Pues ese gobernante que es Banda—
y que á México llega á la carre—
de fiijo que se queda en el Sena—

Y es muy fuerte, mi general, que por no preceder con energía, vayan á creerse que es vd. de los mismisimos enemigos de la sociedad del chino prieto.

Hay que castigar, y muy duro. Sin fijarse donde cae el castigo, Y nada de tener miedo. Bien dijo el otro:

Echa vino, toma y daca
hasta que suene el relós,
que al cabo la muerte es flaca
y no ha de poder con dos.

Esos dos son, perdonando la molestia, su mercé y el arzobispo Arciga. Pues que se rompa el hilo por lo más delgado, que una vez roto no se pueda volver á atar. O no se quiera.

Fijese vd. jefecito.

El padre Arciga bendijo unos ríeles, y para bendicirlos se puso sus trapitos de cristianar.

¿Hubo infracción de las Leyes de Reforma ó no la hubo?

Yo creo que sí, y vd. también lo creará, porque de todas maneras,

una vía ferrocarrilera es lugar público, y vd. no habrá olivificarse dentro de los templos.

Agregue vd. ahora que ese mal ejemplo del padre Arciga ha cundido. Y entonces también puedo recordar:

Esto cantaba un mamisclé
roleado de sociedad:
se descuida la ciudad
y se le mete el chahuisclé.

¿Que no cunde el mal ejemplo? Vaya mi jefecito que v. l. no sabe lo que se versa.

Abí tiene al obispo de Puebla y al arzobispo de Oaxaca que ya se apuntan contra las Leyes de Reforma, y ofrecen ir á bendecir vías ferrocarrileras exactamente como su hermano en Jesucristo el padre de Michoacán.

Vd. sabe si los deja, y vd. sabe, mi general si contrae ante la historia tan tremenda responsabilidad.

ESPIRIDIÓN TRAJINA.

AHUIZOTADAS.

Pues nos quedamos esperando que se resolviera á decirnos cualquier cosa el *Diario Oficial* acerca de la interpelación que le hicimos.

Respetuosa y todo no dió chispa.

Y sigue todavía pesando sobre el pueblo, según el *Diario*, el dictado de lynchador.

Por supuesto que *El Municipio Libre* se ha contagiado de ese olimpico silencio... y todavía no sabemos á qué se debe esos *pegotes eléctricos* en las esquinas.

¡Válgame Dios con estos Césares del periodismo metropolitano.

Y si yo no me equivoco,
de los que pagan me acuerdo...
que esos diarios oficiales
salen del gasto del pueblo.

Un curita en puerta.

¿Cuándo será el día en que no tengamos queja de un reverendo!

Es decir, causada por un ciudadano de los que se visten por la cabeza.

En Mexicaltzingo, distrito de Tenango de Arista, de la entidad que regentea el General Villada, hay un padrecito de los entrones de al tiro.

Como en los buenos tiempos de los diezmos y primicias, encaramado en la cátedra del Espíritu Santo le espetó lo siguiente á sus buenas ovejas:

«¡Ahora quiero ver á esos fanfarrones y miserables, cómo se portan en el *Conjuro*; pero garantizo que no he de recibir menos de un costal de maíz por cabeza, y el diablo se lleve al que no cumpla con sus obligaciones!»

¡Esa es una evangélica manera de vivir á costa de los fanfarrones y miserables!

El *conjuro* estriba en regalar maíz al cura después de las cosechas.

Como esa amenaza constituye un delito, veremos si por no dejar se le amonesta.

Y ya que quiere un costal cuando menos por cabeza, se le diga con rudeza que no merece ni un real. Pues las leyes abolieron extorsiones clericales y los tiempos *medio-evaes* por siempre jamás murieron.

No crean ustedes que ahí pararon las gracias del buen señor.

Un vecino, que estaba en vísperas de emprender el viaje que no tiene boleto de vuelta, pidió que le llevaran el viático y le ayudasen á bien morir.

Con ese motivo el curilla sacó una procesión en toda forma, siendo lo más grave del caso que le acompañaron las autoridades del pueblo que llevaban ceras encendidas y rezaban devotamente.

En esto ya no sólo merece una reprimenda, sino que se le castigue enérgicamente.

A pesar de lo que en contra opinen los sabios sueltos.

Esto me parece que es lo natural, que es lo que se impone á la autoridad, que ya es mucha burla la del clerical, y se hace preciso un buen ejemplar.

Queda con el uso de la palabra *La Gaceta Oficial* de la tierra de los chorizos.

A ver si también se contagia.

Los habitantes de esta ciudad de México están entristecidos y cabizbajos por la última disposición de policía de que pasadas las doce de la noche, ningún restaurant ni cantina quedará abierta.

Todo, según se dice, para evitar escándalos, como si la policía no tuviera obligación de impedirlos.

Así es, que si usted sale del teatro, ó de una reunión cualquiera cuando ha pasado la hora siniestra, no encontrará donde poder tomar un beefsteck, más ó menos *sabrosísimo*, ni apurar una taza de café con leche.

La verdad, es ridículo que en una capital de la categoría de la nuestra se haya dado esa medida.

Señor, ¿qué esta ley tan rara tan sin igual y... sencilla propia sólo de una... villa registrá en Guadalajara?

Que don Telesforo García le eche la vela á un don Joaquín Martí y Puig porque con sus discursos produce, ó puede producir, graves desuniones en los españoles de Cuba, me parece muy puesto en razón.

Que el mismo don Telesforo le diga al mismo don Joaquín Martí y Puig que no es así como se sirve á la patria, también me parece muy puesto en razón.

Pero que el mismo don Telesforo diga que España debe extender «su majestuosa soberanía sobre todo el territorio que por derecho y por «suerzo le pertenece» ó lo que es lo mismo, que tiene eternos é indiscutibles títulos de propiedad sobre Cuba, si ya no me parece puesto en razón.

Y es que á don Telesforo le sucede que en cuanto se trata de Cuba se le van los hártulos al cielo.

Eso mismo les sucede á todos sus compatriotas, excepto, naturalmente Pi y Margall.

Y es que cuando á los paidzanos se les mete una idea en el magín, no hay quien se las saque.

Fuere sabio, fuere zote, todos tienen su manía; eso mismo, cada día, le pasaba á don Quijote.

Navegamos ¡oh Dios! con viento en popa tras de una sin igual moralidad. ¡Oh qué tiempos, lector, los que alcanzamos! Ningunos como estos se verán. Nos predicán moral desde los púlpitos, la predicán después al comulgar, que son los sacerdotes muy morales, la última expresión del más allá! El contagio ha cundido, ineludible; hay un tremendo y horroroso afán de que México salga de los vicios y resulte un modelo de ciudad. Ya da su contingente sobrehumano el Señor Licenciado Rebollar, y parece que lo anima y exagera en esta que es función muy principal, el jefe de la nueva policía que más que tieso por lo visto está. Yo quisiera, lo digo, ya que entramos decididos á dar moralidad, que ésta, si señor, no comprendiese á los vagos no más del boulevard, y á aquellos que trasnochan por oficio, ó por gusto, ó por chiste, ó por hablar. Yo quisiera, lector, que los ministros y el propio Presidente, es natural, discutieran, y luego se arreglaran muchas cosas que hacen meditar: la cuestión, por ejemplo, de elecciones ardua, sin duda, como la que más, pero que aun no resulta, ni parece que alguna solución llegue á alcanzar.

Ahora van á ver ustedes cómo se dispara un diario católico.

Habla *El Tiempo* de los sacerdotes y dice: «Hay sacerdotes malos, sí; los hubo desde el principio del cristianismo y los ha habido después, y los habrá hasta el día del juicio.»

¿Qué les parece la confesión?

Hace muy poco tiempo no se habría atrevido el colega á asentar tal verdad; pero ya saben ustedes que mientras más se vive más se ve.

¿Querrá *El Tiempo* volverse impio y masón?

Es lo que dijo el romancero

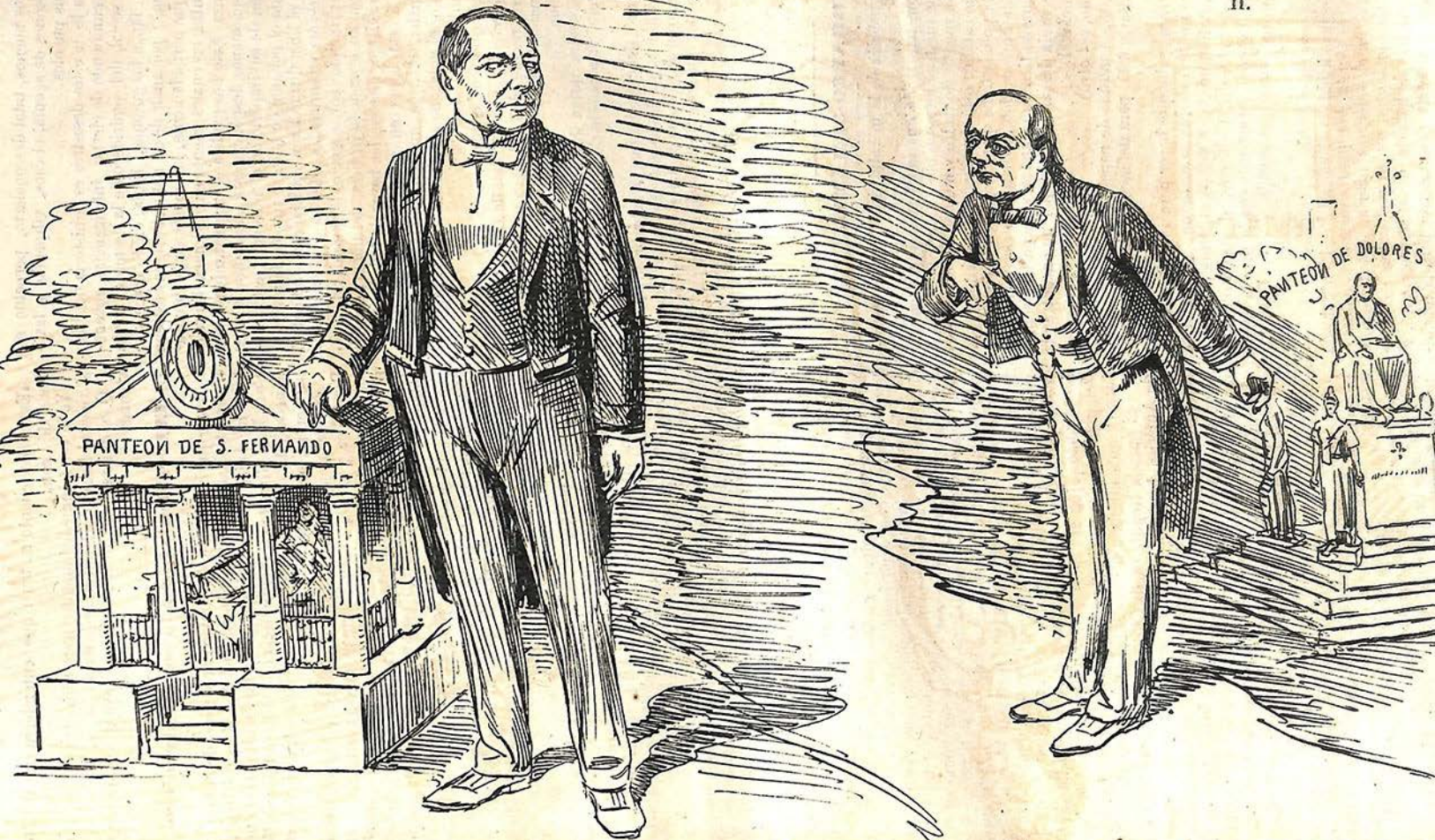
Cosas tenedes el Cide que farán fablar las piedras.

O lo que decimos nosotros:

Cosas ¡oh *Tiempo!* tenedes tan gravédosas, sesudas, que metéisnos en las dudas.... ¿Pues no le parece á ustedes?

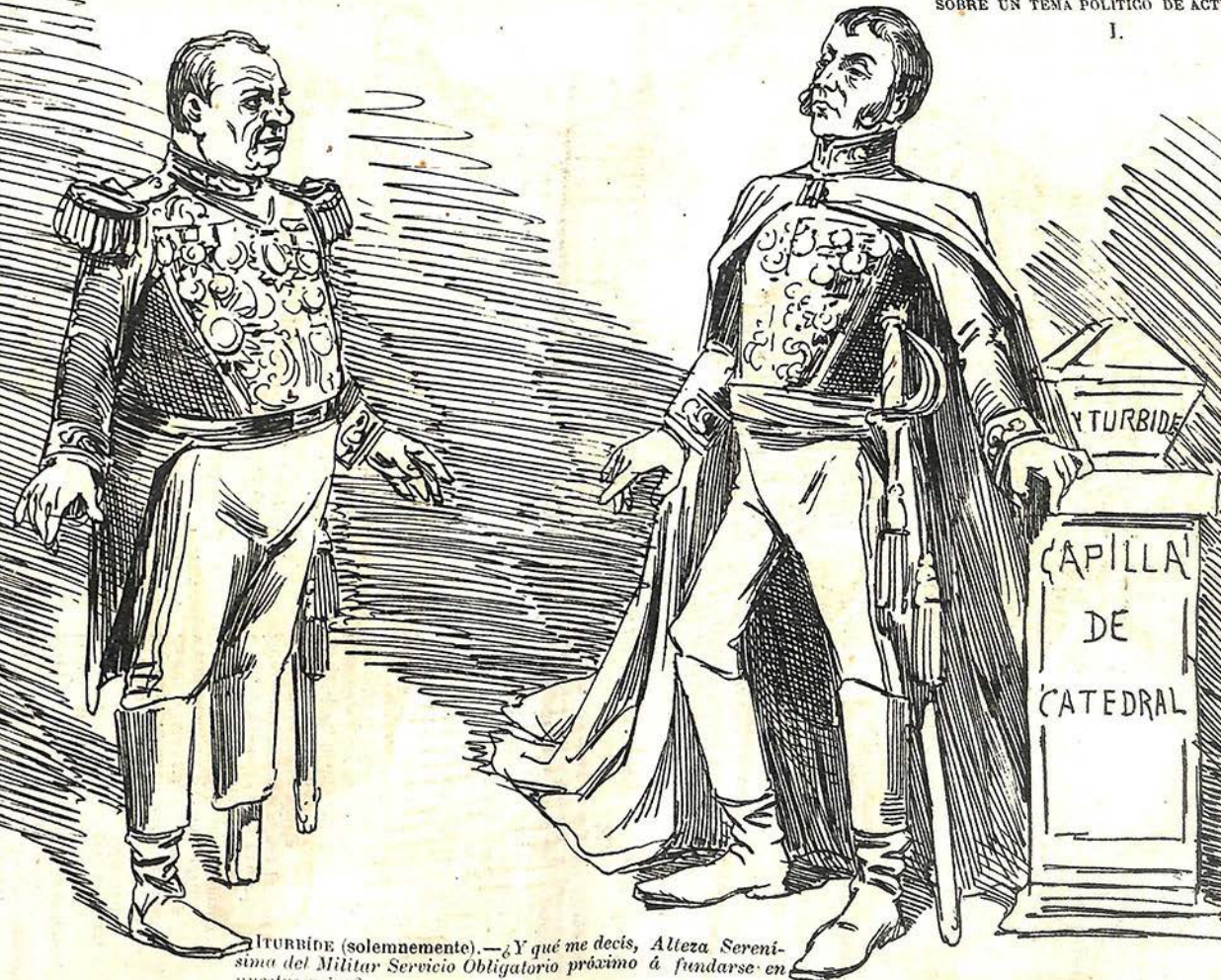
Del mismo periódico es este trocito:

«La inmoralidad en las naciones es despertador de concupiscencias y egoísmos, degradación y cobardía de almas, pérdida de la vergüenza y de las virtudes sociales, perversion de la conciencia pública, muerte del honor y del patriotismo, extinción del espíritu de sacrificio que inspira los heroísmos, naufragio de la justicia, la lealtad y la hermanable benevolencia mutua de los ciudadanos, semilla de cohechos, venalidades y traiciones, vorágine y bancarrota de la hacienda pública, behetría y corrupción en todos los ramos de administración, tea de inacabables y sangrientas discordias, rebeldía é insolencia en los súbditos, capricho y arbitrariedad en los mandones, triunfo de audaces y ambiciosos, opresión



JUÁREZ.—¿Qué opina usted, compañero, del proyecto de servicio militar obligatorio?

LERDO.—Pues que es una solemne tucépecanada más.



TURBIDE (solemnemente).—¿Y qué me decis, Alteza Serenísima del Militar Servicio Obligatorio próximo á fundarse en nuestro reino?
SANTA-ANNA.—Digno llegará á ser de nuestras Augustas Majestades.

y esclavitud de los buenos, total desconcierto, perpetuo escándalo, convulsiones de agonía, el caos, vilipendio y lastimosa ruina de los pueblos.

«Quien nos da fe de estos desastres es la historia del liberalismo, el cual cundiendo de ciertas inteligencias envenenadas al cuerpo social, del pudridero de la desmoralización como de infecto fango los gusanos, brota, en él crece y se desarrolla lozano, y por amor de su natural origen sostiene hipócrita, bien que porfiadamente, las causas de la inmoralidad popular, entre las cuales cuenta en primera línea la perversa enseñanza. Esto nos explica el emperreamiento con que detenta en sus manos despóticas esta enseñanza, que es el principal sostén de su imperio en el mundo; y esto mismo de paso nos da el por qué de hacerse imposible un buen gobierno, donde el liberalismo ha conquistado ascendiente ó con su habitual osadía y reprobadas artes ha escalado el poder: hijo de un principio por esencia desmoralizador, no puede avenirse con las leyes de la justicia, del honor, del desinterés, del patriotismo, que son las bases de todo buen gobierno, viéndose á esta causa en muchas naciones de las mejores la anomalía, de que manteniéndose sana la gran mayoría del pueblo, el gobierno sea detestable y enemigo jurado del bien popular.»

Y vean ustedes lo que son las cosas.

Iturbide, el que echó á perder la obra de Hidalgo y de Morelos y de Guerrero, no fué obra del clero ni mucho menos.

Y aquel Bustamante, mocho si le hubo, tampoco era enemigo del liberalismo.

Y Santa-Anna, contra quien hubo de organizarse toda una grandiosa revolución para echarlo abajo, tampoco fué obra del clero.

Ni fueron secuaces del clero los que se robaron los fondos de la Legación Británica, ni los que asesinaron á Ocampo, ni los que perjudicaron al país con la odiosa guerra de *Religión y Fueros*, ni los que trajeron á los franceses y á Maximiliano.

Y aquí del viejo refrán
que ahora aplico á mi vez:
ninguno diga quién es,
que sus hechos lo dirán.

PARRAFO SEMANAL.

¿Oyeron hablar ustedes de la moralidad de los señores sacerdotes?

¿Sí? Pues oyeron, hablar de una moralidad que encanta.

Les confieso que me trae loco ese bien hacer.

Como que es un mentís de padre y muy señor mío.

En el sacerdocio católico está arraigada la moralidad....

Y, sin embargo, la policía tiene que recoger en la comisaría de Zarco á más de un sacerdote, borrachito escandaloso, y mi coronel Campuzano tiene que andar semana tras semana tras de alguna oveja descarriada que por no encontrar la cantina da con la cárcel.

Ese es el mundo, (el otro)

No, por supuesto, el mundo de papel.

Ese *Mundo*, diario está para defender todas las causas malas.

Que un ministro no sabe que hacer para salir de un atolladero en que se metió ó en que lo metieron, pues allá va *El Mundo*, y, muy hombre, saca adelante al Ministro.

Que dicen atrocidades del Gobierno, dentro ó fuera, ó dentro y fuera; que se pone de acuardo con la prensa opositora, y que da una buena campanada.

Pues á oírlo.

De esas entran pocas en el año.

Si entraran muchas, le habrían dicho al Presidente desde mucho ha, que no es prueba de republicanismo ni de democracia, permanecer en el poder. Y habrían dicho algo más que huelga es estos momentos, no porque falten ganas de decirlo, sino porque tras de haberle dicho se presentará, el Juez Perez de Leon, y arrearía con nosotros para la mismísima cárcel.

Es mucho cuento no tener que entenderse con D. Juan Perez de Leon.

Yo lo veo é inmediatamente hago una crnz y digo, como si viera al Pecado Mortal: *arredo vayas*.

Que quiere decir: ni por aquí te acerques porque me reventas.

El Presidente juzgado por el extranjero.

A ver qué cara ponen los amigos amistosos de la más pura amistad con este juicio que del Sr. General Díaz publica *El Aviso* de San Salvador. Trátase de un párrafo de la *Pall Mall Gazette* en que se decía que la República de Chile necesitaba de un hombre como nuestro actual Presidente para entrar en orden:

«La redacción de *El Aviso* cree que es peligroso para la República y para la libertad, que pasen sin rectificación afirmaciones y elogios en favor de los gobiernos personales, mientras que se quiere desacreditar el gobierno de leyes, verdadero representante del pueblo, que rige la democracia chilena.

«El Presidente General D. Porfirio Díaz sí es merecedor de elogios por cuanto ha hecho en el sentido de que México adelante fundando en primer término la paz pública, base esencial de la prosperidad de las naciones y extinguiendo el caudillaje, que es el venenoso canero de estas pobres nacionalidades indo-europeas: también se le aplaude con justicia su interés por que el extenso y rico territorio mexicano esté, como se halla por sus esfuerzos, atravesado en todas direcciones por vías férreas que son otras tantas arterias, y que hacen circular la savia que produce el empeño de los hombres al trabajo dedicados; nadie le disputa la palma que merece como protector de las industrias nacionales.

«Pero en todo el bien que la valerosa y noble patria de Miguel Hidalgo debe al heroe de Puebla, hay algo que hiere los sentimientos republicanos, y es la permanencia en el mando, sin interrupción alguna, del General Díaz, permanencia que destruye un dogma de la República, cual es la alternabilidad. Si el Presidente Díaz fuera el único mexicano capaz de gobernar su país y además tuviera la condición de inmortal, bien estaría la continua imposición de su prestigio sobre todo el de los demás hombres público de su tierra. Pero hay en sus no interrumpidas reelecciones el grave mal de que anula justas aspiraciones en los que pueden ser útiles á la patria, de que los arrincona, les hace perder la conciencia de sus méritos, y mañana, cuando por ley ineludible el General Díaz muera, quedará México como en orfandad, temerosos sus estadistas de recoger la herencia y será el gobierno como nave sin timón y sin piloto. ¿Debe un país exponerse á tales contingencias, y ménos gobernándose por la forma republicana, bajo la cual no hay hombres necesarios? Nó, de ningún modo, pues eso no ocurre ya ni en las monarquías, donde se dice con mucha tranquilidad *el rey ha muerto ¡viva el rey!* y sigue ordenadamente la marcha del gobierno, cuyo ejercicio correspondió á los partidos en turno y no á ninguna personalidad exclusivamente.

«Si pues la República de Chile es hoy acaso el único país de América donde se administran los intereses públicos de conformidad con las leyes; si es aquella democracia la que comprueba la innegable aptitud de los hispano-americanos para la vida de la República en el orden; si allí el militarismo no impera y los hombres civiles vienen sucediéndose en el mando con aplauso de todos; si la espada vencedora del General Estanislao del Canto le fué desceñida á ese veterano por un acuerdo del actual Presidente, Sr. Errázuriz, inclinándose el sable ante un hombre modesto que lleva la banda presidencial como insignia de la más elevada magistratura, para qué deseárselo á Chile el remedio heroico de la perpetuidad de un gobernante, es decir, el personalismo en acción, cuando la patria chilena goza de amplia libertad bajo el amparo de sabias instituciones, y cuando es la libertad la única que satisfactoriamente resuelve los conflictos en que suelen á veces encontrarse las naciones?»

«Nó; Chile no necesita ningún Porfirio Díaz. Bien está con sus mandatarios leales á la ley, que entregan el poder cuando se les cumple el término, y con sus partidos que luchan pacíficamente en los comicios é influyen en la política y la administración, mejor dicho, las manejan ambas, por medio de sus representantes en el Parlamento.

LAS ESTRELLAS.

En el tiempo en que yo guardaba mi rebaño en el Luberón estaba semanas enteras sin ver alma viviente, siempre sólo en la montaña, con mi perro *Labri* y las ovejas.

De vez en cuando pasaban por allí el ermitaño del monte Ure, buscando hierbas, ó algún carbonero piamontés de negra faz; pero eran gentes de pocas palabras, acostumbradas á la soledad, y que habiendo perdido la costumbre de hablar, no sabían nada de lo que pasaba en el valle, en las ciudades, ni en los pueblos.

Así es que cada quince días no cabía en mí de alegría al oír por el camino el esquilon de la mula del cortijo, que me traía las provisiones para la quincena, y al ver aparecer la cabeza del zagalillo ó la gorra amarillenta de la anciana tía Norade.

Les rogaba que me contasen las novedades que había en el pueblo, los bautizos, los casamientos, y, sobre todo, lo que más me interesaba, que era saber noticias de la hija de nuestros amos, la señorita Estefanía, la más linda muchacha que había en diez leguas á la redonda; y sin parecer tomar mucho interés en ello, me informaba siempre de sí iba á las fiestas y si asistía á las valedas.

A los que me preguntan qué me podían importar á mí, pobre pastor, todos aquellos detalles, responderé que tenía entonces veinte años y que Estefanía era la más hermosa muchacha que había visto en mi vida.

Un domingo que yo esperaba los viveres de la quincena, sucedió que llegaron muy tarde. Por la mañana, viendo que no se presentaban me dije: «Tiene la culpa la misa mayor»; luego, á medio día, hubo una gran tormenta, y pensé que la mula no había podido salir por el mal estado de los caminos; cuando, por fin, á eso de las tres de la tarde, el sol se dejó ver y oí, confundido con el goteo de las hojas y el ruido de los arroyuelos crecidos por la lluvia, el sonido del esquilon, tan grato para mí como el sonido de las campanas en día de Pascua, se calmaron mis ansiedades; pero no era el zagalillo el que llegaba, ni tampoco la anciana Norade. Era..... ¡adivina quién! era la señorita, hijos míos, la señorita en persona, sentada entre las canastas y muy encarnada por el aire del monte y la frescura producida por la reciente tormenta.

El zagalillo estaba enfermo y la tía Norade había ido á pasar unos días á casa de sus hijos.

La hermosa Estefanía me dijo todo esto apeándose de la mula y también que llegaba tarde porque se había extraviado; pero al verla tan compuesta, con sus cintas en la gorra, su falda de los días de fiesta y su pañuelo de encaje, parecía más bien que se había retrasado en algún baile que buscando el sendero que conducía al monte.

¡Oh! Qué linda era. No me cansaba de mirarla. Es verdad que nunca la había visto tan de cerca, pues solamente durante el invierno, cuando el rebaño bajaba al llano y yo volvía por la noche al cortijo para cenar atravesaba algunas veces la sala apresuradamente, sin hablar á los criados, siempre muy compuesta y con un tantico de orgullo.

Y ahora estaba allí delante de mí y podía contemplarla á mi sabor.

Cuando sacó las provisiones de las cestas, miró curiosamente á su alrededor, y levantándose un poco la falda para no ensuciársela, entró en el redil, quiso ver el sitio en que yo dormía, examinó mi cama colgada de la pared, mi cayado, mi escopeta; todo cuanto poseía.

Esto hubo de distraerla en alto grado.

—¿De modo que aquí es donde pasas tu vida, pobre pastor? debes de aburrirte mucho, siempre solito. ¿Qué haces? ¿En qué piensas?

Me daban ganas de responderle:

—En vos, mi ama, y no hubiera mentido; pero mi turbación era tan grande, que no encontré una sola palabra que contestarle. Creo que lo conocía, pues la veía complacerse en aumentar mi cortedad con sus maliciosas preguntas. Hablándome se parecía á la hada Estrella con su linda sonrisa, su cabeza algo echada hacia atrás y su afán por marcharse, cosas todas que hacían de su visita una aparición.

—Adiós, pastor.

—Id con Dios, mi ama.

Y se marchó con las canastas vacías.

Cuando descendió por el pendiente sendero, me parecía que las piedras que rodaban á impulsos de las pisadas de la mula, caían una á una sobre mi corazón.

Oí mucho tiempo el esquilon, y hasta la caída de la tarde me quedé como soñoliento, no atreviéndome á moverme por miedo de que huyeran mis ensueños.

Cerca ya del anochecer, cuando el valle iba oscureciendo y las ovejas apretándose unas con otras, pedían balando entrar en el aprisco, oí que me llamaban en la hondonada, y acudiendo, vi á la señorita, no r' sueña como antes, sino temblando de frío, de miedo, y completamente mojada.

Parece que al bajar la cuesta encontró el Sourgues crecido por las aguas que cayeron durante la tormenta y queriendo vadarlo, le faltó poco para ahogarse.

Lo terrible del caso era que siendo ya de noche, no había que pensar en volver al cortijo, pues la señorita no conocía bastante el camino, y yo no podía abandonar mi rebaño.

La idea de pasar la noche en el monte la atemorizaba mucho y, sobre todo, la inquietud de sus padres respecto á ella.

Yo la tranquilizaba lo mejor que podía, diciéndole:

—En Julio las noches son muy cortas, mi ama, pronto se pasan.

Encendí una gran fogata para que se secaran sus pies y sus vestidos, y después le di leche y queso; pero la pobrecilla no pensaba en calentarse ni en comer, y viendo yo las gruesas lágrimas que se escapaban de sus bellos ojos, me daban también á mí ganas de llorar.

La noche llegó por completo, y quise que la señorita entrase en mi choza, para descansar.

Extendí una capa de paja fresca y puse encima una zalea nueva, le di las buenas noches y fui á sentarme delante de la puerta, orgulloso al pensar que en un rinconcito del aprisco, cerca del rebaño que la miraba dormir, se hallaba la hija de mis amos, como una oveja más preciosa y más blanca que las demás y que estaba confiada á mis cuidados.

Nunca me había parecido el cielo tan grande ni las estrellas tan brillantes.

De repente la trampilla de la choza se abrió y apareció la linda Estefanía.

No podía dormir, pues las ovejas se movían ó balaban, quitándole el sueño, y mejor quería estarse cerca del fuego.

Viendo esto, le puse mi zamarra encima de los hombros, avivé la lumbre y quedamos sentados uno al lado del otro sin pronunciar una palabra.

Si alguna vez habeis pasado la noche al aire libre, sabreis que á la hora en que todos duermen, un mundo misterioso se despierta en la soledad y en el silencio.

Entonces el murmullo de los manantiales se oye más claro, y todos los espíritus de la montaña van y vienen con entera libertad. Hay en el aire raras, ruidos imperceptibles que parecen provenir de los ramos de los árboles ó de la hierba que crece.

El día da vida á los seres, la noche á las cosas. Cuando no se tiene costumbre de aquellos ruidos, impresionan sobremanera. Así es, que la señorita estaba muy asustada, y se acercaba á mí en cuanto oía la menor cosa.

Hubo un momento en que un grito triste y prolongado salió del estanque que estaba al pie del monte, y llegó hasta nosotros, y en aquel mismo instante una hermosa estrella errante se desprendió del firmamento, deslizándose en dirección á nuestras cabezas, como si la queja que acabábamos de oír llevase con ella una luz.

—¿Qué es eso?—me preguntó Estefanía en voz baja.

—Un alma que entra en el paraíso, mi ama—y me persigné. Ella hizo lo mismo, quedando un momento muy recogida, mirando al cielo, y luego me dijo:

—¿Es verdad, pues, que vosotros los pastores sois brujos?

—Nada de eso señorita; pero aquí en el monte vivimos más cerca de las estrellas, y sabemos lo que pasa allí mejor que los que viven en el llano.

Y miraba siempre hacia arriba, con la cabeza apoyada en la mano, envuelta en la piel de carnero como un pastorcillo celeste.

—¿Cuántas hay y qué hermosas son!—exclamó.—Jamás he visto tantas. ¿Sabes cómo se llaman?

—Ya lo creo, mi ama! Mirad, justamente encima de nosotros está el camino de Santiago (la Vía Láctea). Va derechito de Francia á España. Fue el apóstol Santiago el mismo que lo trazó para guiar al insigne Carlomagno cuando fué á pelear contra los sarracenos. Mas allá ved el *camino de las almas* (la Osa Mayor) con sus cuatro ejes resplandecientes. Las tres estrellas de de-

Nuevo pregonero español con el mismo pregón.



¡A quien le interesa!

Sepa todo el mundo que la guerra con Cuba acabará definitivamente el próximo jueves en la tarde á las cuatro y media.

Si entonces no concluye, termina en dos semanas después sin más demora.

Y si todavía entonces no termina, acabaremos definitivamente con ella el día menos pensado.

N. B.—Si el tiempo y los insurrectos lo permiten.

Reproducción de una caricatura del Puck de Nueva York, que alude á las declaraciones del Gabinete Español sobre la terminación de la guerra de Cuba

lante son las tres bestias que tiran de él, y esa pequeña al lado de la tercera es el carretero.

Fijáos, señorita, en todas las estrellas que caen; son las almas de los que Dios no quiere á su lado... Un poco más abajo está el *rastrí lo ó los tres reyes* (Orión) Estas nos sirven de reloj á nosotros los pastores. Miráodlas ahora, sé que pasa ya de media noche.

Mas allá, hácia el Mediodía, brilla *Juan de Milán*, la antorcha de los astros (Sirio) Respecto á esta última, he aquí lo que cuentan los pastores:

Parece que una noche *Juan de Milán los tres reyes* y la *Pouciniere* (la Pleyade,) fueron convidados a la boda de una estrella amiga suya. La *Pouciniere*, que tenía prisa, partió, según dicen lo primera y emprendió el camino, y tomó el camino alto.

Mirad allá arriba.

Los tres reyes cortaron por el atajo y la alcanzaron; pero el perezoso de *Juan de Milán*, que se durmió, quedó atrás, y furioso para detenerlos, les tiró su bastón, por cuyo motivo los tres reyes se llaman también el *bastón de Juan de Milán*. Pero la estrella más bella de todas cuantas se ven es la nuestra, mi ama, la *Estrella del pastor*, que nos alumbrá al alba cuando sacamos el rebaño, y lo mismo por la noche al encerrarlo.

Es Vénus.

La llamamos también *Maguelonne*, la hermosa *Maguelonne*, que corre detrás de *Pedro de Provenza* (Saturno), con el que se casa cada siete años.

—¿Cómo! ¿Hay casamientos de estrellas?

—¡Ya lo creo, mi ama!

Y mientras procuraba explicarle lo que son estos casamientos, sentí algo fresco y suave pesar ligeramente sobre mi hombro.

Era la cabeza de la señorita que, dominada por el sueño, se apoyaba en mí y se quedó así sin moverse hasta el momento en que los astros palidieron, desapareciendo con la luz del día.

Yo la miraba dormir, algo turbado en el fondo de mi alma, pero santamente protegido por aquella clara noche que no me dió siempre más que buenos pensamientos.

Alrededor nuestro las estrellas seguían su silenciosa marcha dóciles como un gran rebaño, y en algunos momentos me figuraba que una de ellas, la más bella, la más brillante, habiendo perdido su ruta, vino á posarse en mi hombro para dormir.

ALFONSO DAUDET.

LA CODORNIZ.

Llamábase Elena de Naires, y en plena juventud y en plena belleza minábala sordamente la tisis.

Los médicos la enviaron al Mediodía, y, á las primeras heladas, abandonó con su marido, Rogelio de Naires, que la adoraba, su hermoso nido campestre de Avelles, para instalarse en Beaulieu, en las inmediaciones de Niza.

El cambio de clima y la suavidad del aire ejercieron al principio una acción saludable en el estado de la enferma.

El enamorado esposo estaba encantando y bendecía la mágica influencia de aquella tierra milagrosa.

Pero Elena no se equivocaba, pues un sutil presentimiento le revelaba, sin duda, los pérfidos progresos de la dolencia.

Con efecto el mal seguía su marcha y conducía á la paciente hacia un fatal desenlace.

Sólo Rogelio no notaba la alteración en la salud de su esposa, confiado en un próximo restablecimiento. Marido y mujer daban largos paseos por los floridos senderos, durante los cuales daba el esposo rienda suelta á sus ensueños de esperanza.

Sin embargo, cuando llegaron los calores de Abril, la debilidad de Elena se acrecentó de un modo visible.

La infeliz no tenía fuerzas para andar y únicamente daba un par de vueltas por el jardín, entre los naranjos, cuya robusta floriscencia surgía por todas partes con crueles ironías.

En cierta ocasión oyeron Elena y Rogelio un característico canto de ave: tres notas, la primera prolongada y breves las otras dos.

—Oyes?—dijo Elena—es el canto de la codorniz, el mismo que solíamos oír en los campos de Avelles.

—Sí—contestó Rogelio—el mismo que volveremos á escuchar allí en Agosto.

—No—repuso Elena—porque no podré volver á nuestro castillo. Estoy condenada á morir y aquí exhalaré el último suspiro. Lo sé, porque ayer oí que el médico lo decía al despedirse. No lo niegues, porque estaba yo escondida tras de una puerta.

Rogelio trató de protestar contra aquellas palabras y cubrió de besos á su compañera.

—Si—añadió Elena—me moriré pronto; tú te volverás á Avel-

les, y después de haberme llorado por espacio de algún tiempo, me olvidarás y te consolarás con otra...

—Te juró...

—No, Rogelio, no me jures nada. Oye el canto de la codorniz bajo los olivos. Cuando vuelva á cantar en la próxima primavera ya no te acordarás de mí.

✕

Según su propio presentimiento, Elena murió en su quinta del Mediodía, y Rogelio, henchido de dolor, regresó á Avelles, acompañando el cadáver de su esposa, que fué enterrado en el jardín del castillo.

Durante los primeros meses que se sucedieron, el pobre viudo no salió de las cercanías de su casa, consagrado exclusivamente al recuerdo de la que fué su amadísima consorte.

La soledad en que vivía le era tan necesaria como dolorosa.

Sentía la nostalgia de las caricias de otros tiempos y la alegría de los campos despertaba en él una necesidad de amar que casi llegaba á vergonzarle.

Hallábase una tarde de Agosto asomado á una ventana, cuando de pronto oyó en los sembrados las tres notas de la codorniz; y aquel llamamiento de las aves de paso le obligó á reconcentrarse en sí mismo.

Examinóse escrupulosamente y se sorprendió del sesgo que en algunas semanas habían tomado sus ideas.

Avergonzado de las preocupaciones que le distraían de sus penas, comprendió que la soledad es mala consejera y resolvió viajar.

Esperaba que el movimiento avivaría su dolor, conservándolo así más puro y más intenso, del mismo modo que se vuelve á encender un antorcha mal apagada agitándola al aire.

✕

¡Ah! El hombre, sér ilógico, inconsistente y complicado, es tan impotente para prolongar su dolor como para prolongar su placer.

El río de la vida, donde todo se sumerge, se aniquila y se pierde, arrastra con la misma velocidad en su corriente nuestros esfuerzos y nuestras debilidades, nuestros goces y nuestros sufrimientos.

Al año siguiente en el mes de Abril, en el camino que conduce de Beaulieu á San Juan, paseábase Rogelio, llevándolo del brazo á una preciosa rubia, hermosa y elegante, cuyos ojos garzos provocaban la adorable embriaguez del amor naciente.

Mientras Rogelio, consagrado exclusivamente á las delicias del momento actual, no se acordaba ya de la pobre muerta, oyó de nuevo el canto de la codorniz, ese llamamiento al amor que las aves de paso lanzan periódicamente al espacio.

Rogelio se detuvo y sintió un escalofrío, que lo hizo estremecer de pies á cabeza. Parecía ver surgir ante sus ojos el fantasma de Elena, murmurándole con triste voz, «¡Acuérdate Rogelio; acuérdate de tus palabras!»

—¿Qué tienes?—preguntó la rubia á su amante—¿En qué piensas?

—Nada, hermosa mía—le contestó—la brusca traslación del sol á la sombra me ha producido una sensación de frío...

Habíase realizado la predicción de Elena; habíase consumado el crimen del olvido, y el canto de la codorniz llevábase consigo, á través de los olivares, el juramento hecho á la muerta.

ANDRÉS THEURIET.

Al casarse Juan Cerezo

dó un aderezo á su amada,

y ella de tal aderezo

no quitaba la mirada.

Lo que observando un pariente

le dijo á Juan: Mal te auguro,

porque á tu novia el presente

le gusta más que el futuro.

✕ Eco científico.

Los mozos del laboratorio químico están barriendo el establecimiento.

—Dime Carlos, pregunta uno de ellos, ¿por qué el agua hace tanto ruido cuando cae sobre el fuego?

Carlos sin vacilar:

—Son los gritos de los microbios al quemarse.

✕ La edad no quita lo inocente. Ejemplo.

—Papá ¿el ternero, es hijo de la vaca?

—Sí, niño.

—¿Y quién es el padre?

—El toro.

—¡Ah!... Entonces... ¿el buey, qué es?

—El buey... El buey... Hombre, el buey es el tío.

SAMUEL BACH.

Traducción de don Francisco Zarco tomada de un libro publicado el año de 1852. Continúa.

Filosofía.

No tuve valor para volver á presentarme delante de la señora de F... y confundido hui hasta el otro extremo de París. Reflexioné en mi mala estrella que siempre me inspiraba alguna necedad en los momentos en que la fortuna me sonreía propicia; ya no tenía yo mi buena comida, mi buena cama, mi ayuda de cámara que me peinase y me diese periódicos; pero en cambio era yo dueño de unos calzones rotos, una casaca asaz usada y una bolsa escualida, y sin embargo, yo mismo me admiraba de estar más listo y más contento que nunca. Parecía yo colegial en día de vacaciones; era yo dueño de mí mismo, y por fuerza tenía que obrar y que querer. Violenta corría mi sangre en mis arterias, en mi cerebro se acumulaban las ideas, y por fin sentía la existencia.

Mil ideas filosóficas cruzaban rápidas por mi cabeza. Veía la nada de lo que es variable en el hombre, y la grandeza de lo que es inmutable. Mi espíritu se representaba las diversas fases de mi vida; ya me veía yo con las medias encarnadas del cortesano, ya con los botines del caballero del campo, ya fugitivo, ó tocador de violín, maestro de lenguas y conmensal de los condes de F... pero bajo tan diversas formas, reconocía yo siempre á mí mismo siempre el mismo, cambiando de suerte como de ropa. Corré con esto ánimo, y me conformé con esos cambios pasajeros, puesto que el corazón en nada variaba.

—¡Vamos! dije, Samuel, baron de Bach, es menester que tomes un nuevo disfraz!

Es un gran baile el mundo

En que insensatos mil....

Ayer fuiste payaso, hazte hoy Gil Blas.

—Y me volví corrector de imprenta.

La imprenta.

Entre los correctores de imprenta se encuentran algunos personajes célebres, siendo el primero entre todos Juan Guttemberg, buen caballero que siguió con honor la carrera de las armas.

¡Cosa extraña! un soldado descubre la imprenta, un fraile inventa la artillería.

Bombardam monacho debet male sana ventustas

At mandare typis chartas a milite habemus,

dice un poeta del siglo XVI.

Andrés Juanino obispo de Aleria, y Antonio Campano, obispo de Feramo, fueron correctores en la primera imprenta que se estableció en Roma en 1466; y por cuenta de un impresor coregían pruebas en el siglo XVI tres grandes notabilidades científicas y literarias de aquella época, Lascaris, Múuro, Rafelengio. Pocos sabios pueden citarse tan distinguidos como Roberto Estienne, Aldo Manucio y Bertoldo Rambolt. Berauld quería que el rey mandase que nadie fuese impresor sin ser sabio y Pasquier llama á la imprenta, la octava ciencia del mundo.

Hé aquí unos versos compuestos en honor de Aldo Manucio por un poeta de su tiempo.

Quod si credere fas Deos poetas
Vitam redet quod queant sublatam,
Quanto est justius æquius que queso
Aldum Manutium Deum vocare
Ipsis qui potuit suo labore
Vitam reddere mortuis poetis!

Cierto es que los impresores resucitaban á los muertos. Entre los poetas y los escritores sólo han podido vivir aquellos que tocaron sus manos. Mejor que nadie lo sabemos nosotros, que asistimos hoy á la exhumación de una literatura entera, sepulcristas hoy á la exhumación de los manuscritos. Antes de toda hace tres siglos, bajo el polvo de los manuscritos. En las bibliotecas de los monasterios, sólo había libros en Europa en las bibliotecas de los monasterios. Como las copias se hacían á mano con una lentitud y á veces una perfección infinitas, eran extraordinariamente raras. El mundo secular sólo conocía la poesía en los labios del trovador ó del menestral; era, pues, una visión que no hacía más que pasar bajo una forma aérea, y que huía en las alas de la palabra. La imprenta fijó sobre el papel los cantos armoniosos del poeta; hizo más, tomó á ese ser único, frágil y mortal, lo multiplicó, é hizo de él millares de copias, que desparramó sobre el mundo, lo puso en todas partes, y le dió una vida eterna.

Pronto la imprenta se convirtió en el sol del mundo del pensamiento; tuvieron nombre las obras que alumbró, las otras quedaron como si no hubieran existido.

Los primeros impresores eran sabios á la manera de aquellos tiempos, y hablaban el griego y el latín como Homero y como Virgilio. El famoso *Thesaurus lingue græcæ* es de Enrique y de Roberto Estienne y en la imprenta de ese último, si cualquier aprendiz hubiera dicho: ya no tengo tinta, en lugar de *atramentum deest*, hubiera sido despedido en el acto.

De aquí vino que la imprenta en su revista retrospectiva pasó por alto la Edad Media y se remontó á la más completa antigüedad. No hubo, pues, más poetas para la Europa que los que vivieron la dicha de nacer bajo el reinado de Guttemberg y de sus sucesores, ó de cantar en el idioma de los obreros de Estienne y del *Thesaurus lingue græcæ*.

Eficazmente cooperó la imprenta al Renacimiento. No se conoció la Edad Media que quedó sepultada entre los pergaminos de las bibliotecas de los monasterios. Apenas aparecía en la memoria de algunos autores impresos como algo oscuro que no tenía nombre en las lenguas clásicas de la antigüedad.

En nuestros días tuvimos un asombro, comparable sólo al de los navegantes á la vista del Nuevo Mundo, cuando se imprimió que en las bibliotecas había millares de poemas, cuyos autores eran perfectamente desconocidos, y cuyo mérito excedía acaso al de los poemas ya conocidos.

A la imprenta toca ahora reparar su injusticia, y hacer por la Edad Media lo mismo que hizo por la antigüedad. Crapeles se ha distinguido ya con sus maravillosas resurrecciones. No hago más que tributar un homenaje al mérito de un colega, que sin contradicción puede muy bien reivindicar la divinidad de Aldo Manucio.

Los Reformadores.

Lo que ganaba yo en la imprenta y mis escasas rentas, me daban con qué vivir cómodamente. En medio del estrépito y del brillo de París, formé mi soledad y mi oscuridad. Esto es muy fácil, y así filosofa uno á todas sus anchuras. Con un poco de talento, nada hace despreciar tanto las distinciones á que aspira la ambición del vulgo, como haberlas tenido. Aprecié en su verdadero valor las jerarquías sociales, comprendí que la verdadera sociedad no existía más que entre las inteligencias, y que bajo la dorada superficie de la vida humana, había otra vida que es la única positiva á los ojos de Dios. Toda la creación material visible, toda la configuración exterior de la sociedad, sólo son para servir al desarrollo de la vida misteriosa del espíritu y del corazón. Nunca eché menos el mezquino rango aristocrático de que había bajado, pues podía elevarme hasta la contemplación de la justicia y de la verdad. Capitalicé mi pequeña renta, compré una patente de librero y algunos libros, establecí un gabinete de lectura y escribí sobre la puerta, Samuel Bach, librero, lo mismo que mi primo Mirabeau había puesto después de su nombre, *vendedor de paños*.

Ahora que gracias á la prosperidad de mi comercio he hecho alguna fortuna, de ningún modo querría volver al mundo, y volver á ser el baron de Bach. Ya estoy viejo y tengo ciertas costumbres, que me parecen buenas y que no quiero abandonar.

Desde lo alto domino el movimiento de los espíritus, como se hace en nuestro tiempo, en la filosofía y en el arte. Los libros que son su expresión están de venta en mi librería, ó se leen en mi gabinete de lectura, y los autores inundan mi antesala, como si fuera la de un rey.

Recientemente un filósofo que no encontró librero que quisiese vender su filosofía, me propuso ir á ver á un hombre que pretende traer una ley nueva á la humanidad. Esto de «ley nueva» me hizo pensar en María, en el niño Jesús adorado en un establo, y en toda la sencillez del Evangelio de Cristo.

Entré á un palacio, cuyas vidrieras pintadas de arabescos hacían que los rayos del sol apareciesen color de púrpura y de oro. La luz después de haberse bañado en el cristal y de haber tomado sus colores, caía sobre la seda de una alfombra de terciopelo. En todas partes había luz, en todas había seda, y sobre un diván estaba un hombre vestido á la oriental, y con los ojos fijos en el cielo. Un bonete rojo cubría apenas su cabeza, dejando caer sobre la espalda, los bucles de su cabellera. Tenía una túnica azul entre-abierta, que dejaba ver una placa con estas palabras: *El Padre*. Le hice una profunda reverencia.

El me miró y se quedó inmóvil. Le expliqué el objeto de mi visita y me dejó hablar, sin contestarme una palabra, empezaba ya á maravillarme la silenciosa gravedad del personaje. Temiendo interrumpir sus sublimes meditaciones iba yo á deshacerme en excusas, cuando el hombre azul me dijo:

—Os miro, señor.

Algo picado con el apóstrofe le contesté:—Y yo tengo el honor de dirigiros la palabra.

—Quisiera enseñaros, continuó mi hombre, que la mirada es algo.



Villavicencio. —¡Orden superior! ¿Pero qué entendía yo por orden superior? ¡Oh, abismos, abismos!

NUESTRA PRENSA.

UNA PÁGINA DE RETRATOS DURANTE EL JURADO SENSACIONAL.



El Juez Flores.



El Juez Flores.



El Juez Flores.



Según «El Mundo»
y «El Imparcial.»

Según «El Tiempo.»

Según «El Popular.»

—Deveras exclamé, sois un grande hombre y os admiro.
 —¡Ah! eso es porque me comprendéis.
 —¡Cómo!
 —Pues sí, á todos los que no me admiran, les digo que no me comprenden. Vos me admiráis, luego me comprendéis. Nada es más sencillo. Lo que es verdaderamente singular, es, que yo me admiro muchas veces sin comprenderme.

—Eso á mí no me admira, y lo que comprendo es, que vuestra virtud no consiste en llevar al extremo la humildad cristiana.

—Precisamente. Pero escuchad la buena nueva. Levantóse el apóstol, cruzó los brazos, miró hacia arriba y dijo:

—No necesito explicaros la forma de mi palabra... Todos mis actos están encadenados... He hecho profesión de lógica y de matemáticas... He... he... Esperad que me inspire.

Se bebió un vaso de orchata, se limpió la frente y prosiguió:

—Cons'deradme pues, como el precursor de la mujer. lo mismo que Juan Bautista preparó el advenimiento de Cristo; la mujer es el Mesías que debe salvar al hombre de la esclavitud de la prostitución, lo mismo que Cristo destruyó la esclavitud personal y la servidumbre... la mujer, la mujer... Esperad que me inspire.

—¡Otra vez! dije sonriéndome.
 —¡Oh! si me interrumpís... Decía yo, pues, que la mujer, sí, eso, eso... la mujer, la mujer... He dicho.

Y volvió á caer en su diván, con los ojos cerrados, extendiendo su cuerpo sobre los muelles cojines de seda. Estaba fatigado con el esfuerzo que acababa de hacer, tocó suavemente una campanita de bronce, y entró una jóven esparciendo flores sobre la alfombra, y su blanca mano limpió la frente del orador con un pañuelo de Persia, y perfumó sus cabellos y su barba con esencias olorosas.

Más Reformadores.

Mi filósofo me hizo subir á una bohardilla.
 —El Padre Moussouf, me dijo, sólo habla cuando hace calor. Así, vamos á ver á su discípulo Mocer.

Abri la puerta y vi á un hombre pálido, cuyos cabellos eran largos y mal peinados. Tenía unos calzoncillos casi blancos que llegaban hasta la rodilla, donde encontraban unas medias de seda negra. Tenía una camisa con vuelos, un cuello sucio y una casaca tan vieja que sólo era ya restos de paño. Sobre un reclinatorio se elevaba un lingam; pendían del techo una media docena de ídolos de la India, como si fueran veneno de nigromante, había además vasijas y tubos que oían algo á alquimia, una máquina eléctrica, una pila voltaica, modelos de arados y de todas las obras de filosofía en volúmenes de á folio, muy bien encuadernados.

—Señor, me dijo el hombre flaco, ¿sabeis lo que es síntesis y lo que son dualismos?

Yo me mostré admirado, mi filósofo quería hablar, pero el hombre flaco se apresuró á arrebatarme la palabra.

—Os voy á explicar todo esto, dijo con una sonrisa de alegría: tomemos por ejemplo el Oriente. Es esta la parte del mundo donde los libros hebreos colocan el paraíso terrestre; del Oriente nos han venido las doctrinas espiritualistas de Platón y de Pitágoras; la filosofía occidental de Grecia é Italia admiraba sobre manera la vida austera de los gimnosofistas de la India.

Sabido es el misticismo de las brahmas y de los faquires; la literatura china abunda en adoraciones á la virginidad, las mujeres del Asia cuando salen á la calle van cubiertas con un velo y su más mínima falta se castiga con la muerte; el mahometismo funda la perfección en la castidad, sus sectarios nunca beben vino y ayunan con severidad; pues bien de la pabra Oriente hacemos el sinónimo de esta otra palabra sensualismo, y á esta operación, que en sí misma es un absurdo, la llamamos síntesis.

Consideramos del mismo modo al Occidente: este tiene dos vidas, una venida del Oriente y otra que le es propia. En la antigüedad esta doble existencia se convierte en el genio dórico y en el genio jónico, en Pitágoras y en Xenofanes, en Aristóteles y en Platon.

La vida propia del Occidente es el oinismo, es decir el predominio de la gracia en el arte y del antropomorfismo en la religión: el Occidete es eminentemente materialista, sus filósofos son Hienofanes, Aristóteles, Epicuro, sus mujeres Aspasia, Lais y Mesalina, y sus emperadores Nerón, Vitelio, y Tiverio. El cristianismo le viene de Alejandria y de Belén, es decir, del Oriente, y no puede impedir las irrupciones salvajes de la edad media, ni las orgías de la regencia, ni la crápula elegante del siglo de Luis XV. Hacemos, pues, de la palabra Occidente el sinónimo de esta otra, idealismo, y á esta operación, que es en sí misma un absurdo, la llamamos síntesis.

Pero lejos de detenernos aquí continuamos al través del Dic-

cionario. Pobre abate Giraud, cuántos sinónimos se te escaparon por no haber conocido este maravilloso instrumento.

Por una parte tenemos, sensualismo, Oriente, carne, industria; y por la otra, ciencia, espíritu, Occidente, idealismo.

Pero esto no basta; inscribimos con el Oriente en la palabra sensualismo entre la industria y la carne, á la mujer, á este ser delicado y delicioso, noble como la poesía, púdico como el amor. Colocamos con el Occidente, en el idealismo, entre la ciencia y el espíritu al ser grosero que se llama hombre.

A esta serie de contrastes. el Oriente y el Occidente, el sensualismo y el idealismo, la ciencia y la industria, el espíritu y la carne, el hombre y la mujer, á esto, pues, es á lo que llamamos dualismos.

Puesto que tenemos nuestros dualismos, conocemos ya la ciencia universal. Esto es evidente, pues los dualismos son otras tantas fórmulas que á la vez encierran lo historia, la filosofía, la filosofía de la historia, etc., etc.

Tomemos por ejemplo este hecho histórico: el Oriente es más antiguo que el Occidente en la carrera de la civilización.

Vais á ver todo lo que este hecho produce, gracias á nuestros dualismos. Primero diremos: el Oriente es el sensualismo, es la carn; el Occidente es el espíritu, es el idealismo; luego la humanidad comenzó por ser materialista, lo cual es falso histórica y filosóficamente hablando, pues hallamos el espiritualismo en el fondo de todas las tradiciones y en todas las teogonías.

Tomamos después esta frase de Ballanche: «La humanidad camina por uda vía de progreso.»

Esta otra de Maistre: «El número 3 es el número divino, y hasta ahora no hay más que dos revelaciones.»

Quitamos á Shelling y á Herder algunos pasajes de su filosofía de la historia de la naturaleza.

Y sin pararnos en la idea de que Schelling, Herder, Ballanche y Maistre son cristianos, anunciamos al mundo la muerte del cristianismo; y decimos que la humanidad ha vivido primero por la carne, después por el espíritu, y que su nueva existencia debe ser la unión perfecta del espíritu y la carne.

Esto es, pues, lo que llamamos «Comunión del Oriente y del Occidente.»

Al proclamar la igualdad del Oriente y el Occidente, de la carne y del espíritu, necesariamente proclamamos la de la ciencia con la industria, la del idealismo con el sensualismo, la de la mujer con el hombre, etc.

—Conoceráis, sin duda, cuánta belleza tienen la síntesis y los dualismos, y cuán útil nos sería este descubrimiento, si vosotros tuviéseis sentido común.

Más reformadores aún.

Salía á la calle con mi filósofo cuando encontramos á un hombre que por poco me tira al pasar.

Tenia la vista baja y deliraba en voz alta, salían de sus labios las palabras: introducción, estroducción, citroducción, cismediante mayor, cismediante menor.

—Esperad, dijo mi filósofo, voy á despertarlo,

Lo tocó con un diario que sacó de la bolsa.

El hombre tembló como si hubiera recibido un golpe eléctrico.

—¿Quién va? gritó con voz de trueno. ¿Qué siemore charlatanes, siempre opósjoles?

—Desengaños, dijo mi filósofo, es un honrado vs al de setempo años que desea engranarse en las series de la salongo armoniana.

(Continuará)

✱ La coronela sorprende á su hija Eva (diez años) en el comedor.

—Señorita, se ha bebido usted una copa de Oporto.

—No he sido yo, mamá.

—¿Quién ha sido?

—Un bizcocho.

—¡Ah! Y donde está el bizcocho?

La niña cortada, se repone.

—Para castigarlo... me lo he comido.

✱ Don José se queja amargamente á un amigo, de su suegra.

—En resumen, ¿qué tienes que echarle en cara?

—Pues nada... ¡Á sn hija!...

✱ La marquesa está en conferencia con la modista.

—Señora, dice la doncella, es el médico.

—El médico... No puedo recibirte.. Digale usted que estoy enferma.

✱ Pregunta á un soldado francés:

—¿Qué hacías en el Tonkin?

—¡Mataba ó me hacía matar!...

¿Qué desean ustedes?



—Veinte kilos de cosmético para borrar los inviernos.



—Como ya cumplí los 30.. pues... un compañero.



—Nada más que el sexo femenino perteneciera á uno solo, y ese uno ¡curambita! fuera yo.



—Un juguetero como aquel, de propiedad vitalicia, con todos sus accesorios.



—Pos yo, una «de á dos» del mero de Apum.



—Pues verme libre del grave peso de esta Cruz tan... pesada.